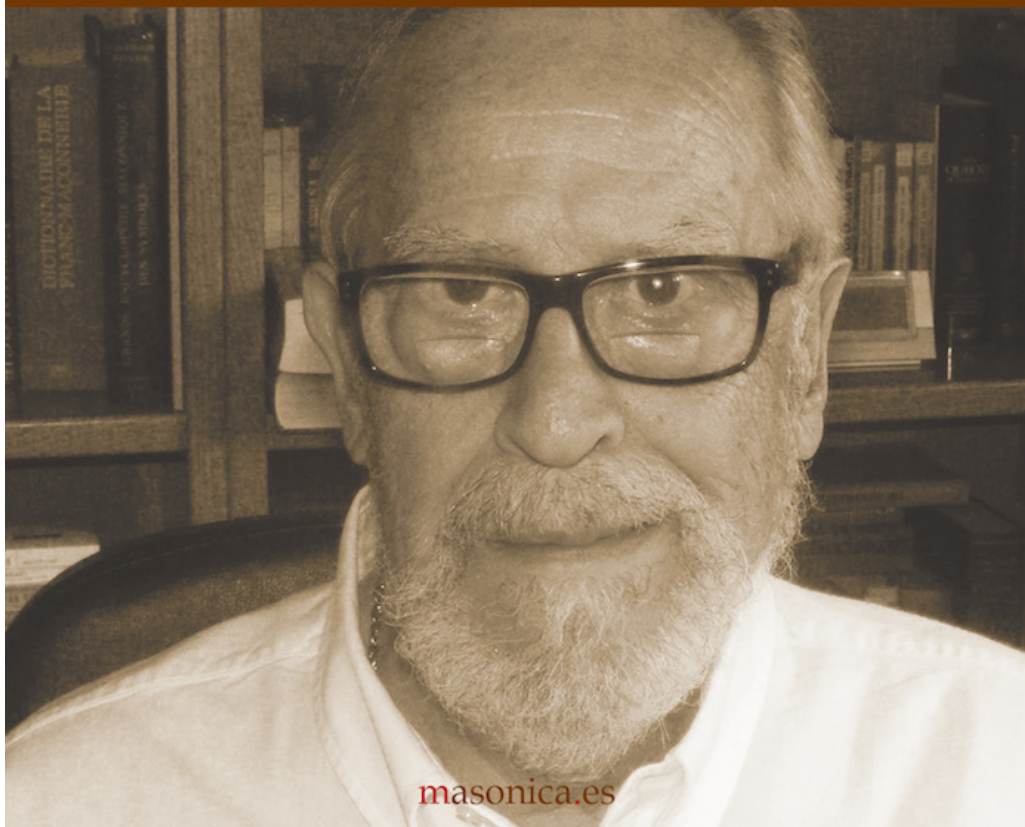


AMANDO HURTADO

NOSOTROS LOS MASONES

Edición revisada y ampliada

Biblioteca de grandes clásicos masónicos del siglo XX



NOSOTROS
LOS MASONES

AMANDO HURTADO

NOSOTROS LOS MASONES

Biblioteca de grandes clásicos
masónicos del siglo XX

SERIE ROJA
[AUTORES CONTEMPORÁNEOS]

masonica.es

EDICIONES DEL
ARTE REAL

Nosotros, los masones
Amando Hurtado

editorial masonica.es®
SERIE ROJA (Autores contemporáneos)
www.masonica.es

© 2014 Amando Hurtado
© 2014 EntreAcacias, S.L.

EntreAcacias, S.L.
Apdo. de Correos 32
33010 Oviedo - Asturias (España)
Teléfono/fax: (34) 985 79 28 92
info@masonica.es

1ª edición: septiembre 2014

ISBN (edición impresa): 978-84-942888-9-0
Depósito Legal: AS 02299-2014

Impreso por Ulzama
Impreso en España

Reservados todos los derechos. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

*A mi M. Q. Hermano José:
«Aprendiz», pero compañero y maestro*



En primer lugar, observarán y guardarán las buenas ordenanzas establecidas anteriormente por sus predecesores de feliz memoria, concernientes a los privilegios de su oficio. Y en especial, serán sinceros los unos con los otros y vivirán juntos en la caridad, al haberse convertido, por juramento, en hermanos y compañeros de oficio.

Punto primero de los *Estatutos de William Schaw*, Edimburgo, 1598.

ÍNDICE

Prólogo a la presente edición	15
Introducción	21
Las palabras «masón» y «francmasón»	29
De los constructores sagrados a los masones operativos	33
De la masonería de oficio a la masonería simbólica	47
La expansión europea en el siglo XVIII	59
Carácter de la Iniciación masónica	79
El paradigma masónico	91
Tradición iniciática	103
El método simbolista	109
1. Los Arquetipos y el Número	111
2. Las palabras	114
3. Las figuras	116
4. Los mitos	120
5. Objetos	125
6. Gestos	128
7. Colores	130
8. Expresiones corporales	131
La logia	133
La logia como espacio sagrado	134

La planta de las logias	135
El Cuadro de Logia	137
El techo y los muros	140
El Oriente	141
Los miembros de la Logia	143
Las logias de San Juan	145
Los grados masónicos fundamentales	149
El Aprendiz	151
El Compañero	158
El Maestro masón	168
Los Estatutos de Schaw	177
Los Grados Superiores y los sistemas rituales	185
Rosa-cruz y masonería	215
Las obediencias masónicas	221
Principales macroestructuras masónicas mundiales	231

APÉNDICES

El Trabajo masónico en las logias simbólicas	289
Del derecho masónico	311
Algunos francmasones célebres	327
Breve glosario de términos masónicos más usuales en el R.E.A.A. (Rito Escocés Antiguo y Aceptado)	331
Los oficiales de la logia o taller (colegio de oficiales del R.E.A.A.)	347

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

He accedido gustoso a reeditar *Nosotros, los masones* por varias razones que me parecen de peso: en primer lugar, la buena acogida que han tenido las siete ediciones anteriores de este libro divulgatorio, tanto en España y Portugal (traducido, aunque poco distribuido en nuestro país vecino), como en Brasil e Hispanoamérica. Transcurridos varios años, el agotamiento de esas ediciones me ha hecho reflexionar sobre la oportunidad de proceder no sólo a su reedición, sino a una revisión de su contenido. Mi percepción de algunos temas masónicamente relevantes se ha ido decantando al compás de los golpes con los que he procurado *desbastar mi Piedra Bruta...* Otros golpes, igualmente útiles, me han sido regalados. Pronto hará 25 años que inicié mi recorrido por el trazado de la hermosa Utopía masónica...

Mi experiencia se centra, ciertamente, en el método ritualizado que he venido practicando con asiduidad (el Rito Escocés Antiguo y Aceptado), aunque ello no limite mi sincero respeto e interés por otras formas rituales ni por el eventual desarrollo de nuevos ritos en el seno de una masonería viva. También es cierto que, a menu-

do, el hábito puede contribuir a «hacer al monje». En todo caso, nunca sería más oportuno recordar aquello de que «hay otros mundos, pero están en éste...».

Otra razón que ha pesado en mi ánimo al decidirme a revisar este libro, antes de reeditararlo, ha sido el deseo de expresar un modesto homenaje a la memoria de nuestro Hermano Daniel Bérésniak, de quien tanto recibí a través de su generoso y esclarecedor esfuerzo investigador. He querido reproducir en este prólogo algunos de mis recientes comentarios¹ a uno de sus más ilustradores trabajos: *Le gai savoir des bâtisseurs*. Creo que servirán de piloto respecto a las inquietudes que prevalecen en el fondo de mi búsqueda personal y, sin duda, de la mayor parte de nosotros, los masones...

Nuestra Geometría no es una ciencia más, sino el sistema de referencia en el que habrían de basarse todas las iniciativas intelectuales, morales y espirituales de los «constructores». Bérésniak sostenía que esta definición habría sido escamoteada por los diseñadores de la filosóficamente dócil masonería especulativa de los siglos XVIII y XIX, para los que la geometría habría venido a ser sólo uno de los significados posibles de la letra «G», respetando con ello el tradicional concepto jerarquizado, patriarcal y autoritario del conocimiento tradicionalmente imperante, frente a lo que los masones de nuestro tiempo entendemos como «espíritu científico». Esta observación recuerda la veta nietzscheana que aflora a menudo en nosotros, sobre todo porque, como señala Bérésniak, «la geometría enseña que la confianza y la sumisión no son virtudes, sino más bien lo contrario». O, con palabras del mismo Nietzsche: «Se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre discípulo». Las falsas ciencias son, para ambos, «aquéllas que proponen sistemas “coherentes”, con visiones ge-

¹ Revista *Cultura Masónica*, N° 16. Editorial MASONICA.ES®.

nerales del mundo en las que todo encaja como es debido, a condición de que se acepten sin discusión determinadas afirmaciones presentadas como dogmas».

El espíritu científico es el «espíritu de geometría» que asocia la razón a la intuición y a la imaginación expresándose mediante símbolos: «es deber del masón unir en un haz armonioso las líneas confusas del espíritu humano obedeciendo las leyes de la sabiduría»...

Sabemos que en nuestro universo la vida procede de una energía primordial omnipresente, observable, mensurable y susceptible de experimentación en sus diversas manifestaciones, con una materialidad diferente de la que caracterizaba a la materia inerte contemplada por la física tradicional: incluye cualidades y funciones «estructuralmente idénticas a las funciones de los organismos vivientes... circulando de manera desigual, con mayor o menor intensidad, según la naturaleza de los cuerpos que constituye y alimenta...». La intuición de la existencia de esa energía universal ha dado origen, a lo largo de la Historia, a una diversidad de teorías cosmogónicas y teológicas. Cuanto divide a los hombres, estimulando odios y desprecios, procede de la enfermedad de la mente que va asociada a la obsesión de la muerte y al miedo creador de barreras, tanto filosóficas como religiosas, políticas o científicas. «El proyecto (iniciático) del constructor es la construcción de un hombre nuevo para un mundo nuevo y fraternal... confortado y guiado por el “espíritu de geometría”. El Templo ideal por construir es ése y la mayor parte del trabajo está por realizar...»

Lo que entendemos por Arte Real es el trabajo creador, conquistador del saber y del poder susceptibles de hacer al Hombre soberano. Hay que conferir a nuestro Tubalcáin la plenitud de su significado simbólico: «el auténtico forjador es el iniciado que reúne el agua y el fuego, para el que las contradicciones sólo son aparen-

tes y superficiales. Va al fondo de las cosas y reúne las fuerzas y elementos aparentemente opuestos para integrarlos en la realización de la obra».

La palabra Libertad, tratada, sazónada y utilizada por todas las ideologías, «ha de ser aprehendida por el edificador con amor y circunspección... Le ha sido robada y desnaturalizada por los hombres que no han practicado la introspección según las reglas de la “geometría”...».

El objetivo final del trabajo masónico es el bien de la Humanidad que se substancia en la acción diaria de quienes buscan la mejora de sí mismos. Esa acción «magistral» se basa en principios humanistas y humanitarios perennes que son patrimonio del Hombre, con independencia de las ideologías políticas o económicas imperantes en cada momento «moderno» y que no suelen ser sino versiones transitorias de hipótesis de trabajo social. Es importantísimo no confundir la libre adhesión personal a una de esas versiones con el hallazgo de la Verdad, que es la meta utópica de los iniciados, en cuya búsqueda se ejercita lo mejor de cada ser humano.

Segovia, julio de 2014.

INTRODUCCIÓN

Este ha de ser un libro divulgatorio, preferentemente destinado a lectores no masones. La idea es que, quienes aborden el tema por primera vez, encuentren en sus páginas suficientes datos para poder formarse una idea correcta de lo que representa la Francmasonería y de cuáles pueden ser sus metas en nuestra sociedad. Me parece muy importante que este aspecto final de la Masonería pueda ser entendido como postulado y como axioma de la preocupación y de la ocupación masónicas: la Francmasonería o Masonería Simbólica, tiene como fin conseguir una sociedad humana más armónica, más justa y más fraternal, a partir de una mejora personal de los individuos que la componen. Éste es el postulado. El axioma es, para cada masón, que tal fin constituye una necesidad alcanzable.

Por otra parte, quienes son ajenos a la cultura masónica suelen incurrir en el error de cuadrricular simplismente su definición de la Masonería como «asociación secreta de personas que profesan principios de fraternidad mutua, usan emblemas y signos especiales, y se agrupan en entidades llamadas logias», como lo hacía el Diccionario de nuestra Real Academia de la Len-

gua Española hasta su edición de 1992, ligeramente corregida en la actual (a instancia de los miembros del madrileño Ateneo Génesis). Iremos viendo qué es lo que hay de válido en ella, pero subrayamos ya que los masones solamente se han asociado secretamente en tiempos y lugares en que eso les era indispensable para poder conservar su intimidad, su libertad o su vida. La Masonería hace un uso simbólico y filosófico de la palabra secreto, recogiendo la tradición de los masones constructores medievales, que protegían celosamente, mediante prestación de juramento, los secretos profesionales del oficio. Los que el método masónico llama «secretos del grado», en los diferentes sistemas graduales existentes, son determinados signos, palabras y toques que simbolizan un «saber hacer» (lo que los profesionales de nuestro tiempo llaman *know how*) que ha de adquirir el masón, aprendiendo a interpretarlos para convertirlos en valores-guía personales o patrones de conducta que se compromete a esforzarse por tener presentes a lo largo de su vida. Ni más, ni menos.

Éste y otros términos usados en el desarrollo gradual del método masónico de formación, así como los utensilios y herramientas de los antiguos masones constructores, pasaron a expresar valores simbólicos iniciáticos para la Masonería del espíritu o Masonería simbólica.

No creo que en estos comienzos del siglo XXI queden muchos que piensen razonablemente que exponer a personas no iniciadas en masonería nuestro esquema de pensamiento y los fundamentos de nuestro método de trabajo constituya violación de secreto alguno. Personas muy cualificadas de nuestra Fraternidad lo han hecho, siempre guiadas por idéntico criterio: la filosofía masónica, que se centra en la esencialidad humana, está contenida en una Tradición iniciática cuyo beneficiario ha de ser el Hombre. Los conservadores y transmisores de esa tradición sólo pueden ser hombres que eviden-

cien una sincera inquietud por el Conocimiento que lleva hacia lo que nos trasciende, hacia lo que hay tras las meras apariencias físicas y mentales en este mundo en el que vivimos, como requisito previo a toda labor en favor del desarrollo social positivo al que los masones se sienten llamados. Esta condición selectiva, semejante, por otra parte, a la de cualquier profesión u oficio cualificado, ha sido interpretada de formas diversas, incluso por los mismos masones, y ha dado pie a todo tipo de fantasías respecto a los métodos y fines de la Orden Francmasonica.

Como toda institución multiseccular, la Masonería ha conocido diversas fases en su desarrollo, tratando de adaptar su metodología elaboradora de pensamiento a las vicisitudes de la evolución social humana, subrayando siempre la perennidad de los valores esenciales. En el Siglo de las Luces, la sociedad europea culminó el movimiento posrenacentista que hacía de la libre expansión de la cultura y de la libertad, intelectual y moral, metas imperativas. Durante el siglo XIX y buena parte del XX, no podía permanecer inmóvil en la trayectoria hacia la progresiva aceptación de los principios democráticos de tolerancia, igualdad y solidaridad y a su introducción en las legislaciones estatales. El positivismo científico de ese segundo período contagió a una parte de los masones, que, impelidos por la dinámica de una construcción social más justa y pacífica, llegaron a ver, en las metas puntuales reclamadas por la sociedad, la única plasmación posible de los anhelos masónicos. Su labor fue meritoria, ciertamente, logrando transferir o adherir su propio entusiasmo al de sectores sociales de los que emergieron multitud de valedores señeros y de organismos colectivos no oficiales, asumiendo ideales semejantes a los que la Masonería ha propugnado siempre como estructuras útiles para la as-

cesis de la Humanidad hacia la Belleza, la Fuerza y la Sabiduría universales.

Sin embargo, hace ya varias décadas que llegó la hora de revisar la auténtica naturaleza del compromiso que obliga a los masones. Afortunadamente, somos muchos los que nos hemos dado cuenta del espejismo ante el que se corre el riesgo de sucumbir cuando se olvida o pospone la esencialidad como única referencia válida para la Orden. Esencial es cuanto lleva al Hombre hacia su identificación con el Ser, con el Todo. Cada masón es libre de interpretar esto, pero nadie puede pretender vaciar nuestra Institución de aquello que da sentido a su tradición y a su metodología ritualizada, cuya meta última es descubrir un Orden universal y sus resonancias humanas. Sin inquietud metafísica es difícil entender y vivir la Masonería. Y esa auténtica naturaleza del masonismo esencial, como vía de evolución personal capaz de producir la unión armónica del corazón, el pensamiento y la acción, poniéndolos al servicio de la construcción humana, sin dogmatismo y en fraternidad, es la que está aflorando hoy en la conciencia de decenas de miles de hombres y mujeres en todo el mundo. Estoy convencido de que nos hallamos en el alba de una tercera etapa.

Numerosos autores, no masones, con buena o con mala intención, según los casos, y con mayor o menor fortuna, han escrito abundantemente sobre Masonería para el gran público. Tanto en España como en Iberoamérica, por lo que respecta a lo publicado en nuestra lengua, ha sido el siglo XX notoriamente rico en literatura divulgatoria y pseudodivulgatoria que, por otra parte, tiene precedentes en todas las lenguas desde el momento de la aparición de la neo-Masonería como institución, en el siglo XVIII. Destruídas o consumidas las dictaduras de diverso signo que atenazaron a algunos países europeos en el siglo xx, todas ellas hostiles al humanismo y

al humanitarismo que caracteriza a la Masonería universal, y operada una importante y positiva inflexión en el talante de la Iglesia Católica respecto a quienes mantienen otras visiones del mundo, el tema es retomado periódicamente, no obstante, como recurso sensacionalista capaz de atraer a buen número de lectores.

Ni que decir tiene que el empeño que ponen algunos en presentar a la Orden Masónica como «secta» sólo manifiesta una aviesa intencionalidad, ya que existen sencillos y claros criterios para despreciar semejante calificación aplicada a una institución apolítica, adogmática y arreligiosa, con vocación filosófica y humanitaria universal, cuyas normas constitucionales están al alcance de quienes deseen conocerlas y en las que se descarta la discriminación por motivos religiosos, políticos, raciales, socio-económicos, etc. Por otra parte, los casos de conductas personales de masones que puedan constituir motivo de escándalo suelen ser subrayados, destacando discriminatoriamente la conexión personal del inculpatado con la Orden (aunque a menudo se trate de ex-miembros de la misma). Es muy fácil comprobar que cualquiera de los grupos activos conectados con las religiones positivas (que, en su origen, fueron siempre consideradas «sectas»), con los partidos políticos, etc., ofrecen hoy, y han ofrecido a través de la Historia, un número de ejemplos escandalosos desorbitadamente superior al que se ha intentado atribuir a la Masonería durante sus trescientos años de existencia. Pobre argumento es éste para desvirtuar una realidad muy distinta, abundante en comportamientos ejemplares y generosas aportaciones a la sociedad.

Nuestra Tradición nos enseña que:

Quien desee practicar el arte de la construcción debe conocer y respetar las leyes que rigen el equilibrio y la armonía, fuera de las cuales nada duradero se puede edificar. La arquitectura, hija de las matemáticas, de la

cosmología y de todas las técnicas, se basa especialmente en los estudios sobre la naturaleza de los elementos, la gravedad, la física, la mecánica, la química y la coordinación de todas las artes. Por ello, obliga a la búsqueda constante de principios esenciales, suscita el amor por la belleza e impulsa a la meditación y a la disciplina del espíritu.

Nadie puede sorprenderse de que los masones se hayan sentido siempre «discípulos» de un «Gran Arquitecto del Universo», Principio activador de la energía constituyente de los mundos. También pueden deducirse fácilmente los motivos por los que, en épocas en que la transmisión del saber era esencialmente verbal, los constructores usaron de un sabio rigor al seleccionar a sus hombres, de una prudente lentitud en la formación de sus discípulos, de una severidad indispensable en la comprobación de su perfeccionamiento en la práctica efectiva del oficio y del arte que ejercían. Estas son otras tantas razones por las que los grupos de constructores añadieron constantemente a sus preocupaciones técnicas la práctica de un esoterismo fructífero y la formulación de reglas disciplinarias y rituales para sostener su solidaria fraternidad.

En un mundo que se presenta ante el constructor como un Templo concebido y construido con arreglo a parámetros de la gran construcción cósmica, el Trabajo es la fuente inagotable de expansión de los valores más nobles del hombre y su vía de realización personal, participando en el orden universal. Esta filosofía colocaba a los antiguos «talladores de la piedra noble» en oposición con el mundo medieval, basado en la división de la sociedad en castas, que no veía en el trabajo sino una ocupación innoble y degradante, un castigo del cielo, como consecuencia de la caída del hombre en el pecado, y en el que la posesión de una cultura particular era

considerada posible germen de herejía y tentación demoníaca.

La clave de la Fraternidad masónica, que surgió y creció en momentos muy críticos de la Historia, es haber considerado el mandil de sus adeptos — símbolo del trabajo emancipador — como una distinción más antigua y más honrosa que ninguna de las inventadas. Las cofradías de los constructores constituían una gran familia de trabajadores, juzgados dignos de participar en las obras exclusivamente en función de sus capacidades y méritos personales reconocidos.

En 1717, los fundadores de la Gran Logia de Londres, primera corporación histórica de «la masonería del pensamiento», consideraron fundamental unir lo disperso, que es uno de los principios herméticos que inspiran nuestro método iniciático. Lo inmediato, entonces, era poner fin a las guerras que venían asolando Europa a causa de discrepancias religiosas y políticas. Tanto la religión como las políticas se entrelazaban en un tejido de intereses que enfrentaban a los hombres. La Masonería ideal aspiraba a ser «Centro de Unión» de quienes, de otra manera, no llegarían a conocerse y tolerarse para trabajar unidos en bien de la sociedad humana. Proponiendo un método simbólico perenne por los valores arquetípicos que enmarcaba y promovía, estimulaba el desarrollo de una ética universal. Pero concebir el ideal masónico como únicamente válido dentro de los parámetros socio-culturales de un momento y un lugar determinados, ignorando la evolución, eliminaría esa universalidad. Ello supondría el anquilosamiento esclerótico que se llama normalmente «vejez» y que precede a la muerte.

Nuestro tiempo es resultado de una evolución a la que muchos masones han contribuido partiendo de su Iniciación, precisamente para «rectificar» el patrimonio de conocimientos que la sociedad va acumulando y pa-

ra que cada uno pueda analizar y trabajar su «piedra bruta» en los nuevos ambientes sociales que vayan surgiendo. Nosotros no estamos llamados a hacer política, religión o finanzas, sino a observar lo que la sociedad hace, proponiendo nuestro método para que los nuevos hitos de lo humano no impidan la larga marcha hacia el Adán Kadmón, hacia el Hombre Ideal.

En la exposición sintetizada de materia tan compleja, intentada por un masón, resulta imposible prescindir de vivencias propias, a través de las que se ha ido sedimentando en su conciencia cuanto sabe y siente de Masonería, ya que ésta es esencialmente un modo de contemplar y sentir el mundo. Los masones llamamos Arte Real (o soberano) al proceso de realización personal en que consiste la iniciación masónica. Tal proceso personal es «único» en la intimidad de cada hombre o mujer y, por ello mismo, intransferible como experiencia. Ésa es la verdadera naturaleza del secreto masónico. Todo lo demás es circunstancial y corresponde a la discreción necesaria a toda escuela o entidad social, no difundiendo indiscriminadamente lo que necesita de un proceso de estudio y trabajo que no todo el mundo está dispuesto a emprender. «Lo secreto» es, en su dimensión filosófica, algo personal a lo que no se puede acceder fácilmente y que el Arte Real ayuda a desvelar gradualmente a los que buscan su propia realización en una sociedad más justa y fraternal. Saber administrar lo discernido en condiciones especiales y aprender a hacer del silencio una auténtica cámara íntima de reflexión, forma parte de todas las «iniciaciones».

Amando Hurtado

LAS PALABRAS «MASÓN» Y «FRANCMASÓN»

La palabra masón es de origen fránico (la lengua germánica de los francos, antes de latinizarse y convertirse en franceses). Procede del germánico *matfjon*, que deriva en *metze*, en antiguo alemán, y en *makyon* en lengua franca, para transformarse en *mascun* o *machun*, en francés antiguo. Significaba «cortador» o «tallador». *Steinmetzer* era, en alemán, el cantero o labrador de piedras.

La palabra más próxima, en bajo latín medieval, sería *massa*, pero con el significado de «amasijo», «masa» o «mazo». El Diccionario de la Real Academia Española recoge el término mazonero y la palabra *mazonar*, aplicadas respectivamente al que hace la masa o mortero para unir las piedras de una construcción y a la acción que realiza. Así es que, en español, el que *mazona* podría recibir el nombre de *mazón* o *mazonero*. Con ello se estaría aludiendo a alguien que trabaja en la construcción, pero no a un tallador de piedras. El equivalente español del término germánico *metzer* y del fránico *mascun*, aunque sin relación etimológica con ellos, sería cantero, palabra probablemente céltica que aparece en

castellano hacia el siglo XIII, según Corominas. Las canteras de las que se extrae la piedra se llamaban, en latín, *latomiae* o *lautumiae* y de ahí que «Latomia» sea otra forma de denominar a la Masonería entre nosotros.

El prefijo *franc*, añadido al término «masón», parece consolidarse en Inglaterra, en el siglo XIV, para subrayar la situación social de los masones dedicados a un tipo de construcción cualificada. En relación con el origen de esta designación existen, al menos, dos criterios: el de los historiadores que defienden la aparición de la palabra «free-mason» (masón libre o franquiciado), relacionándola con el trabajo de la «free-stone» (piedra libre o caliza, de fácil cincelación), por oposición al «roughmason» que realizaba trabajos más elementales (con piedra dura), y el de quienes consideran, sin duda apoyándose en datos históricos muy consistentes, que la «franquicia» a la que aludía la palabra «francmasón» o «masón franco» era la gozada por aquellos artesanos de la piedra que no se hallaban sujetos estrictamente a las reglamentaciones municipales o reales obligatorias para los practicantes de oficios en la Edad Media. En Escocia, quienes pasaban a ostentar el rango de «maestro» en las gildas en que se agrupaban los obreros de cada oficio, eran «liberados» o hechos libres de ciertas obligaciones municipales. En Francia, el «Libro de los Oficios», que escribió Esteban Boileau en 1286, recopilaba y detallaba las normas estatutarias por las que se regían las diversas cofradías parisinas.

El término «masón» se introdujo en la lengua española, durante el siglo XVIII, para designar específicamente a los miembros de la Orden «francmasónica» y carece en este idioma de cualquier otro significado. Por ello, resulta innecesario en nuestra lengua utilizar el prefijo «franc» (franco, libre), a diferencia de lo que ocurre en francés o en inglés, en que los términos «maçon» y

«mason» (sin prefijo) designan a los albañiles² u obreros de la construcción, recibiendo el nombre de *franc-maçon* y *freemason* sólo los constructores simbólicos, miembros de las Logias de nuestro tiempo.

Lo expuesto pone de relieve la estrecha vinculación de los masones antiguos con la talla de piedras y con la construcción realizada con ellas. Veamos a continuación, a grandes rasgos, algunos de los hitos del proceso histórico que conecta la masonería de oficio (edificadora u operativa) con la masonería constructora de pensamiento, dando origen a la que hoy conocemos como Orden Masónica. Ello nos permitirá proponer, en su momento, una correcta definición de lo que es esta Institución.

² La palabra albañil es de origen árabe, procedente del término *ballasa* (de *balis* = tragar) y designaba, entre los musulmanes españoles del medievo, a los poceros y constructores de alcantari-lado, extendiéndose posteriormente a los constructores de otras edificaciones.